

SAN FALCÓN y SAN PALOMINO

MAURICIO RODRÍGUEZ LARA

Hace unas semanas, Adela Micha transmitió una entrevista con el obispo emérito de Ecatepec, Onésimo Cepeda. Dejando a un lado la calidad periodística de este encuentro (más parecido a una charla común que a una entrevista), me pareció un ejercicio interesante. ¿Qué podemos inferir de la iglesia mexicana, a partir de esta entrevista?¹

En política internacional, es bastante conocida la distinción entre *hawks* y *doves* (halcones y palomas). Los primeros, funcionarios de línea dura, que se inclinan por una política exterior agresiva; los segundos, funcionarios que se decantan más por la diplomacia, la disuasión. En mi opinión, el obispo Cepeda nos recuerda una vez más la hendidura pastoral presente en la iglesia. Nos recordó que, en efecto, es posible dividir al clero en halcones y palomas. No en el sentido de política exterior, sino en el pastoral; *i.e.* su comportamiento en tanto autoridades de la iglesia.

Hubo cuatro preguntas notables de Adela Micha: ¿es Cepeda amigo de los ricos y poderosos? Sí. ¿Al obispo le gusta vivir bien? Sí. ¿Hay corrupción dentro de la Iglesia? No se roban dinero, dijo. ¿El Estado laico es...? “Una jalada”, afirmó que el Estado no puede ser laico, pero sí su gobierno y yo sigo sin entender bien eso. De estas respuestas, es posible inferir un “tipo ideal” de obispo... San Falcón, caracterizado por su cercanía al poder político —a sus depositarios—, por desenvolverse en iglesias “ricas” o “poderosas” (ya sea por el número de fieles o por la riqueza de éstos), por un perfil más sibarita que pastoril, siempre socializando y cenando, por su visión triunfalista de la iglesia, sin prestar atención a sus falencias (¿los curas pederastas no son gente corrupta, monseñor?) y por representar la faceta inflexible de la iglesia con respecto de la laicidad, la secularización o el pluralismo.

Por antonimia, las palomas de la iglesia serían autoridades no cercanas a los políticos sino a los débiles (pobres, migrantes, víctimas de la violencia), que atienden las necesidades espirituales de las iglesias más pobres y sufrientes, locales y nacionales, o bien que son más flexibles con respecto del pluralismo y la laicidad. Son hasta incómodos. Desde luego no quiero decir que estos obispos sean némesis de los políticos y empresarios, pero ciertamente

les dedican menos tiempo y más a su feligresía. Hablamos, pues, del tipo ideal de San Palomino.

Es una división real en las iglesias locales y también en la iglesia global. En México hay Norbertos y Onécimos, pero también hay Raúl Vera, Carlos Garfias o Felipe Arizmendi. En otras iglesias, como la española, también hay san Falcones: el arzobispo emérito de Madrid, Rouco Varela, y su cercanía al PP o el arzobispo emérito de Barcelona, Luis Martínez Sistach y sus amigos del partido Convergencia i Unió; ya reemplazados por el Papa Francisco.

En la Iglesia global, desde el Concilio Vaticano II, se han formado dos partidos que se disputan el poder apostólico y que tienen visiones diferentes sobre la iglesia: los “romanos” o “diplomáticos” —prelados que han pasado buena parte de su vida en Roma, de un perfil mucho más doctrinal, burocrático y político— y los “internacionales”, liderados por obispos diocesanos de países en desarrollo, o donde el catolicismo no es dominante, como Austria, Estados Unidos, Filipinas o Argentina. Éstos últimos mucho más cercanos a la idea de Francisco sobre una iglesia misericordiosa y abocada a los pobres.

Como toda organización, la Iglesia católica busca mantenerse y sobrevivir. Así, la relación y razón entre sus halcones y palomas puede incidir en esta supervivencia: el crecimiento o decrecimiento del número de feligreses; los conflictos entre iglesia y Estado; las posibles divisiones y querellas en el clero (sus funcionarios); o su mayor o menor influencia en la sociedad contemporánea •

¹ El Financiero Bloomberg TV, “En EF y por Adela’ presenta a Onésimo Cepeda”, <https://youtu.be/SGrx7qPhsno>.